



Seix Barral

Cristina Cerrada

Hindenburg





Seix Barral Biblioteca Breve

Cristina Cerrada
Hindenburg

© Cristina Cerrada, 2019

Publicada de acuerdo con Dos Passos Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: mayo de 2019

ISBN: 978-84-322-3492-7

Depósito legal: B. 7.384-2019

Composición: Moelmo, S.C.P.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Enciendo un cigarrillo y dejo Yensen atrás. Echo a andar por la pequeña explanada del aparcamiento y me quedo contemplando el puente de la autopista. Un kilómetro más allá podría tomar el autobús, pero prefiero atajar por el subterráneo a caminar por la autopista. Los camiones militares suelen detenerse allí. Si registraran mi bolso no podría explicarles lo que hay en él. Veinte botes de anabolizantes y una docena de cajas de ansiolíticos. Al principio me repugnaba robar, pero en Yensen todos lo hacen. Es fácil. Nadie en su sano juicio rechazaría la oportunidad de negociar en el mercado negro. He vendido aspirinas. Antibióticos. He vendido betabloqueantes. Hasta líquidos para disecar.

Apenas llevo unos instantes caminando cuando del subterráneo que atraviesa la autopista sale un hombre vestido con uniforme militar. No sé de qué ejército es, no lo veo. El subterráneo es una zahúrda in-

munda, oscura y maloliente que nadie frecuenta salvo en caso de necesidad, como cuando la alarma no ha sonado y el fuego antiaéreo empieza a oírse en la distancia y no hay tiempo para refugiarse en un lugar mejor.

Detengo el paso y hago amago de cambiar de dirección, pero él me imita al instante. Permanezco parada, frente a él, mirándolo y sabiendo lo que va a suceder a continuación. No intento llevar a cabo ningún movimiento, ninguna maniobra que le haga pensar que pienso oponer resistencia o tratar de huir.

Antes de llegar a mi lado, saca un pasamontañas del bolsillo y se lo cala.

El dirigible llevaba horas de retraso cuando sobrevoló la ciudad. Excepto por los fuertes vientos que dificultaron su avance, el viaje no había sufrido eventualidades hasta que intentó aterrizar. Ya era de noche. Informado de las malas condiciones del tiempo en el aeródromo, el capitán decidió llevar el dirigible a dar un paseo por la isla. Sabía que provocaría expectación. Que la gente se aglomeraría en la calle para avistar al gigante. Que en sus rostros habría una mezcla de entusiasmo y espanto. De horror y admiración.

A las seis y veintidós minutos, cuando la tormenta había pasado, el capitán enfiló el dirigible en dirección al aeródromo. Como ya iba con retraso y esto dejaría menos tiempo del previsto para preparar el retorno, el público fue informado de que no estaría permitido subir a bordo a visitar la embarcación.

A las siete y veinticinco, hora local, el dirigible se incendió.

Todo fue muy rápido. No se sabe dónde empezó el fuego. Algunos testigos vieron llamas amarillas y rojas cerca de un conducto de ventilación. Otros, delante de la aleta horizontal, muy cerca de la esvástica. El fuego se expandió rápidamente. Las llamas se propagaron hacia delante, consumiendo primero las celdas una a nueve, y la parte trasera de la estructura implosionó. Casi instantáneamente, dos tanques estallaron como resultado del impacto. La flotabilidad se había perdido en la popa, así que la proa se inclinó hacia arriba y la parte trasera se rompió.

La nave cayó al suelo solo treinta y dos segundos después.

Los movimientos son rápidos. La acción, muda. Un globo de más de ochocientos pies de largo suspendido en el aire. Aunque la copia del documental es muy vieja, no puedo apartar mis ojos de él. A nadie le interesa un documental sobre otra guerra. A mí sí.

El cine está casi vacío. Dos asientos más allá, casi pegada a la pantalla, se sienta una mujer. Es vieja. Lleva puesta una de esas batas negras como las que llevaba mi abuela. Un pañuelo en la cabeza. No se mueve, hasta que imperceptiblemente su cuerpo empieza a temblar. La observo desde la oscuridad. Hace tiempo que no veo a un anciano llorando. Casi todos los ancianos que conozco han muerto o han dejado de llorar. He visto pocos llorando. Me acerco y le pregunto si necesita algo. Me mira como si no comprendiera lo que le acabo de decir. Se lo repito de nuevo en la otra lengua, la de mis padres. Deja de llorar.

Salgo a la calle cuando acaba la proyección. Miro a un lado y a otro, ni Mogdovoi ni Zhrinovski han llegado aún. La niebla ha caído. Hace solo un mes que el verano terminó, pero parece Navidad. Me froto las manos. Están frías y sudorosas a la vez. Camino despacio hasta el final del edificio y contemplo el reloj de la catedral. Hace una hora que deberían estar aquí, pienso. No me gusta.

Un camión militar se detiene entonces al otro lado de la calle y Mogdovoi y Zhrinovski se apean de él. Por la calle pasan ahora más vehículos, camionetas renqueantes, Ladas de dos puertas, autobuses con el capó levantado y el motor expuesto. Mogdovoi levanta una mano y detiene el tráfico para que Zhrinovski y él puedan cruzar. Nadie discute con los soldados.

Cuando llegan a mi altura, Zhrinovski se adelanta y se detiene junto a mí.

—Llegáis tarde —le digo—. Habíamos quedado a las seis.

—Vinimos hace media hora —dice él.

Le digo:

—Era a las seis.

—Está bien —dice Zhrinovski.

No está enfadado. Zhrinovski nunca lo está.

Mogdovoi saca una tableta de Mars del bolsillo.

—¿Dónde tú estar hace media hora? —dice en mi idioma, masticando a la vez—. Yo muy triste.

Miro a Zhrinovski.

—Acabemos con esto.

—Tú venir cine conmigo la próxima vez.

Mogdovoi golpea a Zhrinovski en el pecho y se ríe. Zhrinovski se ríe también.

Saco de mi bolso el sobre con el dinero y se lo doy.

—Aquí lo tienes. Seis mil.

Zhrinovski toma el sobre y se lo guarda sin abrirlo.

—Cuéntalo —le digo.

—No hace falta —dice él. Me mira con un leve gesto de interés—. ¿Necesitas comida? ¿Cigarrillos?

Contesto:

—Gracias. No.

Se ha levantado la niebla. Vuelvo a ponerme el pañuelo, subo la solapa de mi abrigo y me abrocho el último botón.

—Traeremos más —dice—. ¿Está bien?

—Sí —digo yo—, está muy bien. Avisadme.

Me dispongo a marcharme cuando Mogdovoi me retiene por el brazo.

—¿Quieres que nosotros llevar tú a alguna parte? Es peligroso esta hora caminar por la calle.

No han sonado las alarmas en los últimos tres meses.

Le digo:

—Déjame en paz.

Y me voy.

Cada día camino un kilómetro por la autopista para tomar el autobús. El autobús viene vacío pero no se detiene en el intercambiador. El pequeño grupo que se congrega en la parada murmura algo entre dientes. Yo también lo hago. Hace frío. Me retuerzo las manos para hacerlas entrar en calor, pero me duelen. Es por los productos abrasivos que usamos en Yensen para limpiar. Son baratos. Solo treinta y ocho años y ya me siento igual que una mujer mayor. Es por limpiar. Es porque en cuatro años no he sido capaz de encontrar un trabajo mejor.

Antes de la guerra trabajaba en una planta química de la capital. Ahora limpio. Recorro con una mopa las instalaciones de Yensen, la fábrica de medicamentos de Donsk, el lugar donde crecí, un pueblo en la frontera del este cerca del *Azovske more*. No es una fábrica importante, aquí nada lo es. En tiempos proporcionaba empleo a la ciudad, pero era en tiempos muy remotos. Ahora hace años que no. Las empresas

importantes están emplazadas en la capital, al oeste. Cuando regresé a Donsk, justo antes de la guerra, el primer sitio donde busqué trabajo fue en Yensen. Yo me ofrecí como química, pero ellos me propusieron limpiar. Estalló la guerra y acepté.

El autobús tarda una hora en volver a pasar. Estoy muerta de frío. No llevo ropa de abrigo, nadie la lleva. El verano ha sido tan benigno y la tregua que vivimos tan ansiada, que se ha producido una oleada de optimismo general. El otoño no la ha enturbiado. Saco el periódico y me pongo a leer. En Donvast necesitan limpiadoras. En Loganks también. El personal de limpieza escasea. Las mujeres se han ido del país y los hombres no quieren limpiar. Yensen es una fábrica tan grande que a duras penas podemos limpiarla seis mujeres a la vez. Hay demasiados pasillos, ventanales, equipo. Hay demasiados almacenes y cuartos vacíos. Por eso mismo es fácil robar. Si no tuviera que hundir el cepillo en todos esos inodoros sería un trabajo ideal. Saco más en el mercado negro que limpiando. Eso, más lo que Mogdovoi y Zhrinovski me pagan por traficar para ellos, me da lo suficiente para costearle a Heidi la universidad. Cuando hundo el cepillo en una taza de inodoro no me importa si es un trabajo indigno de una mujer instruida o no. Eso, recorrer las calles, servir mesas. Qué más da. Me importa que mi hija estudie. Que un día se vaya de aquí. Quiero que acabe lo que he empezado.

Hace casi tres meses que dura la tregua. Nadie la anunció. No se comunicó de manera oficial. Simplemente, un día las bombas dejaron de caer. Ahora la casa está limpia. No hay cristales rotos. No hay polvo. Hay agujeros en las paredes, sí. Y cables y tuberías que han quedado a la intemperie por efecto de las ondas expansivas. No hay puertas, el invierno pasado las usamos como calefacción, cuando cortaron el gas. Sin embargo, desde hace dos meses se puede limpiar regularmente. Por primera vez en cuatro años. También hay silencio.

Cuando entro en el comedor me sorprende ver a mi madre sentada en el sofá. El sofá está roto, tiene los muelles salidos, algunos arañan, pero es lo único que hay para sentarse aparte de las camas y una silla o dos. No recuerdo haber llevado allí a mi madre antes de irme a trabajar.

—¿Qué haces levantada, mamá? —le pregunto.

Enciendo el radiador y voy a la habitación de mi hija. Heidi no está.

—¿No ha vuelto Heidi, mamá?

Regreso a la sala y me siento al lado de mi madre. Me descalzo.

Le digo:

—Hace frío aquí. ¿Por qué no has encendido el radiador?

Mi madre no contesta. La miro.

—¿No me has oído?

Ni siquiera pestañea. La examino con rencor. Últimamente no come. No mira la tele. Apenas hace caca o pis.

—Vamos, te llevaré a la cama.

La cojo en brazos y la llevo a su habitación. No pesa nada, parece hecha de papel de estraza. La cubro con la sábana y le echo por encima el edredón y la vieja manta de su madre. El punto tiene tantos agujeros que parece que la hubiera roído un ratón. Tal vez la haya roído un ratón. Ha de haber de todo por ahí. Una ciudad despanzurrada tiene eso: todo lo oculto sale a la superficie. Durante los últimos cuatro años he visto ratas. Babosas arrastrándose por el agujero del desagüe. Hasta culebras en los patios. Una vez me topé con un castor. Todo lo que no se ha destruido por la guerra ha envejecido o se ha alterado. Las calles. Los edificios. Las personas.

Me miro en el espejo y veo a una mujer que no soy yo. No me gusta. Es mi madre cuarenta años atrás. Mi madre con la cabeza rubia. Con la piel tersa. Yo.

Desde la puerta, le digo:

—Duérmete, mamá.

Tiro del picaporte mientras pronuncio una oración.